



Juan Pablo Arancibia

COMUNICACIÓN POLÍTICA. FRAGMENTOS PARA UNA GENEALOGÍA DE LA MEDIATIZACIÓN EN CHILE.

Universidad Arcis

Santiago de Chile

2005

Claudio Salinas

Cuando hablamos de comunicación política podemos hacerlo desde la comprensión de los medios como vehiculizadores o transmisores de un contenido que tendría la característica de ser “político”. Se trata, por cierto, de una concepción instrumental de la comunicación al servicio de la política. Pero, ¿qué ocurre cuando los términos “comunicación” y “política” parecen ser constitutivos y constituyentes, hasta redundantes?

De lo que podemos estar seguros es que, si aceptamos esta segunda mirada, la idea de transmisión lineal y aporética de unos contenidos “políticos” por parte de los medios, queda simplemente desvirtuada. O, ya no se entiende en la complejidad relacional que encierra. Ahora, ¿qué ocurre cuando insertamos “lo político” y “la política” en los nuevos espacios públicos cuya centralidad está más bien radicada en el estatuto medular de la política de las imágenes en nuestras democracias contemporáneas? La respuesta, seguramente, compleja y con más de un lugar de observación, ya no tolera una reducción de lo visual, mejor dicho del régimen visual, a una pura espectacularización de la palabra política. Eso, sería la reducción de la totalización que podría ejercer la imagen de otros lenguajes, incluyendo, también al discurso retórico del político profesional, pero también de las políticas de la vida cotidiana, escenificadas en la puesta en escena mediática.

Son, claramente, estas tensiones entre palabra y política, entre palabra e imagen las que pone en escena el texto del profesor de la Universidad de Chile Juan Pablo Arancibia, quien paulatina y prolijamente va desplegando y desmontando las relaciones, primero, entre el lenguaje y lo político; luego, cómo lo político, en tanto lenguaje, aparece en los escenarios de la mediatización de la vida política y cotidiana en el Chile contemporáneo, de postdictadura. Esta operación, que trabaja a la manera de un “diseccionador” de espacios, temporalidades, sujetos, discursos e instituciones, es ofrecida al lector como un conjunto de capítulos (siete)

que van procediendo de manera “genealógica” e histórica. Lo que da cuenta de que los fenómenos deben ser auscultados, primero, como problemas de carácter procesual y no coyuntural, como suele ser hoy el tono del análisis de nuestras ciencias sociales; en segundo término, significa entender a la “comunicación política” como un lugar de “litigio”, como un lugar en el que se escenifican conflictos y disputas, por el sentido y, sobre todo, por sobre cómo circula, se administra y se ejerce el poder en nuestras democracias actuales.

Como advierte el propio profesor Arancibia:

“(…), se afirma que la ‘comunicación política’ es un fenómeno ‘moderno’, ‘reciente’, que no consiste sino, en la suma o el encuentro de dos dimensiones específicas: las nuevas tecnologías de comunicación y la práctica histórica de lo político. Afirmar que se trata sólo de una incorporación de un conjunto de novedosas técnicas, soportes y formatos, al ejercicio de la política, constituye una reducción tal, que antes de intentar pensar la complejidad del asunto, sólo termina por esquematizarlo mediante cómodos modelos y categorías anquilosadas” (2005, p.17).

Aperturas analíticas, antes que encierros metodológicos pareciera ser la “consigna” implícita en el texto, lo que redundaría en que los objetos utilizados para tensionar la relación entre política y comunicación, entre política e imagen sean desde revistas magazinescas –como *Sucesos*, editada en las primeras décadas del siglo XX- hasta programas de televisión misceláneos y campañas políticas (desarrolladas a fines de los años 90 y durante el primer lustro del siglo XXI). Se trata de que la relación conflictiva y problemática de la comunicación y la política vaya al encuentro de las materialidades de investigación. Y no las técnicas y matrices de investigación delimiten y constriñan la realidad social y mediática, pluridimensional y, seguramente, esquiva y no completamente asible por ninguna “metodolotría” con vocación totalizante.

Dice el profesor Arancibia:

“La mirada que deseamos proponer, se alienta en la sospecha acerca del propio estatus objetivo de las ciencias. La verdad, en nuestra lectura. Es el efecto de sentido material que produce el entramado de la episteme científica, y que despliega su propia jerarquía en la operación del dispositivo discursivo. Estos saberes dominantes nunca logran divorciarse de su propio cuerpo, es decir, no hay distancia ni divorcio entre saber y poder” (*Ibid*, p.157)

¿Cuál es el resultado de esta propuesta de sentido? Difícil enclaustrarlo en cortas líneas, pero podemos intentar un pequeño balbuceo precario: lo que estaría en juego en este libro es ni más ni menos que la posibilidad de concebir a la comunicación como un espacio eminentemente político, constitutivo y constituyente de las distintas densidades que conforman lo social. Y operar sobre los dispositivos simbólicos (los medios en sus más diversos formatos) implica, seguramente, un gran esfuerzo y pulcritud investigativa y escritural.